

Una nación descamisada. Ortega y Gasset y su idea de España durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918)*

Ferran ARCHILÉS
Universitat de València

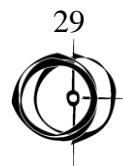
A finales del mes de febrero de 1918, Valery Larbaud escribió en su diario:

Now, in the year 1918, Spain is the largest of the few European which survive intact in the midst of the almost general eclipse of European civilization. She continues, without a break, European History, from which the greater nations have momentarily disappeared. This alone, independently of her increased wealth and greater material development makes her more European –morally European–more Continental, than she had been at any time during the last two centuries¹.

Por aquellas fechas, Larbaud había ocupado la mayor parte de los años de la guerra ejerciendo labores diplomáticas en la costa alicantina (probablemente de espionaje, controlando la circulación marítima: en parte es por ello que su diario estaba escrito en inglés –idioma que estimaba más difícil de descifrar– y no en su lengua literaria propia, el francés). El final de la guerra estaba ya en el horizonte, pero la valoración que hizo sobre España (y más allá de la evidente simpatía que muestra en el diario hacia el país) resultaba un tanto sorprendente, por optimista. En definitiva, el papel que España había desempeñado a lo largo del conflicto la había alejado, en gran medida, de ocupar un papel de centralidad en el concierto europeo.

Tal vez no exista una reflexión que contraste más con la de Larbaud que las palabras que escribiera José Ortega y Gasset el 5 de agosto de 1914, justo ante el inicio de la guerra: “Por desgracia, escribo desde un arrabal de Europa”². Esta amarga sentencia forma parte de un breve diario que Ortega escribió durante la primera mitad del mes de agosto de 1914 y que sería publicado póstumamente. Aquellos días, Ortega contrastaba la reacción de los pueblos europeos con el español. España no daba “señales de vida” y vivía sumida en una modorra “muy próxima a la idiotez”. El día 12, confirmada su impresión primera, señalaba: “Llega a preocuparme la falta de conciencia de los españoles”³.

El hecho de que España se declarara neutral durante la PGM –aunque el espionaje libró su propia guerra de manera muy intensa–⁴ es el punto de partida



Artículo recibido en 20-11-2015 y admitido a publicación en 19-12-2015.

*. El autor participa en el proyecto “Derechas y nación en la España contemporánea. Culturas e identidades en conflicto” (HAR2014-53042-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

1. Valery LARBAUD, *Journal 1912-1935*, París, Gallimard, 1955, p. 123
2. José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo VII (1902-1925). Obra postuma*, Madrid, Taurus, 2007, p. 382.
3. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo VII*, p. 386.
4. Fernando GARCÍA SANZ, *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Paul AUBERT, *Nidos de espías: España, Francia y la primera guerra mundial, 1914-1919*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.

obligatorio de cualquier reflexión sobre la situación del país y sobre la posición de sus intelectuales, pues motivó que la guerra se experimentara de una manera distinta a otros países europeos. Más allá del calor generado por los debates y exaltaciones, caben pocas dudas de que la razón última de su neutralidad se debió a la debilidad del país y a su escasa capacidad de intervención bélica⁵. Pero la neutralidad no significó ausencia de acción (más allá del terreno bélico estricto). Sucede, sin embargo que la neutralidad ha quedado inserta en un relato más amplio sobre la *excepcionalidad* española⁶. Fue esta imagen la que caló, precisamente, entre los sectores intelectuales, asociada a la imagen de debilidad y postración. En efecto, como sentenciaría para la posteridad poco tiempo después Manuel Azaña, la neutralidad española fue forzada, no escogida⁷.

Sería esta percepción la que se convirtió en motivo de amargas o resignadas lamentaciones tanto en los sectores partidarios de los países aliados como de Alemania. La esfera pública española se dividió entre *aliadófilos* y *germanófilos*, o pareció hacerlo. En todo caso, esto es cierto para describir el posicionamiento de los intelectuales españoles, hasta el punto de dar paso a la que Gerald H. Meaker definiera en una expresión que hizo fortuna, como verdadera “guerra civil de palabras” entre ellos⁸. En este sentido, la movilización de los intelectuales españoles no fue tan diferente de la de otros intelectuales europeos⁹. El tercer frente, como lo denominó Christopher Prochasson, el de los intelectuales y el mundo cultural, se movilizó casi con la misma rapidez que las tropas¹⁰. Desde luego, para los intelectuales españoles era una suerte de ejercicio *teórico*, lejos de las peores implicaciones de la guerra real, así como de las contradicciones que las trincheras supusieron para ellos (y que se convirtieron en laboratorios que dejaron obsoletas las posiciones mantenidas hasta el momento, no en menor medida respecto a sus ideas de pueblo y nación)¹¹. Pero no por ello se trató menos de un esfuerzo y un compromiso de profundas resonancias para ellos. En primer lugar, porque movilizaron el mismo tipo de argumentos sobre Europa y sus valores que el resto de los intelectuales de los países en conflicto. En segundo lugar, porque la guerra civil de palabras tradujo o sacó a la luz también un debate sobre proyectos de

5. Francisco J. ROMERO SALVADÓ, *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002.

6. Joan ESCULIES, “España y la Gran Guerra. Nuevas aportaciones historiográficas”, *Historia y Política*, 32 (2014), pp. 47-70.

7. Pero, en el fondo, la de una neutralidad impuesta fue también la imagen que se tuvo de España en el contexto internacional: Rubén DOMÍNGUEZ MÉNDEZ, “La Gran Guerra y la neutralidad española: entre la tradición historiográfica y las nuevas líneas de investigación”, *Spagna Contemporanea*, 34 (2008), pp. 27-44.

8. “A civil war of words: The Ideological impact of the First World War on Spain, 1914-18”, en Hans A. SCHMITT, (ed.). *Neutral Europe between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1988, pp. 1-65.

9. Sirva como obra de referencia y entre una producción ingente, el modélico trabajo sobre los intelectuales franceses de Marta HANNAH, *The Mobilization of Intellect. French Scholars and Writers during the Great War*. Cambridge (Mass), Harvard University Press, 1996. Una reciente síntesis de conjunto es la de Ann RASMUSSEN, “Mobilising minds” en Jay WINTER (ed.), *The Cambridge History of the First World War. Volume III. Civil Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 390-417.

10. *14-18. Retours d'expériences*, París, Tallandier, 2008, pp. 279-306.

11. Nicolas MARIOT, *Tous unis dans la tranchée. 1914-1918. Les intellectuels recontrent le peuple*. París, Seuil, 2013.

nación para España (que incluían un discurso iberista)¹². En este sentido, se convirtió en una etapa más de las pugnas sobre la definición de la identidad nacional española que desde el fin de siglo venían sacudiendo las aguas del mundo cultural español, aunque a este episodio bélico se le haya otorgado una atención muy escasa en este sentido hasta la fecha¹³. Guerra y posibilidad de *regeneración* de España (y su frustración) se convertirían en tropos habituales del discurso intelectual. Tal vez no esté muy lejos de la realidad aquella idea de José Carlos Mainer de que, al menos para los intelectuales más jóvenes (como Ortega), la guerra fue “un nuevo noventayocho que reveló la apatía incurable de un pueblo y la decrepitud de una política”¹⁴.

Por lo que respecta a su posición durante el conflicto, la figura de Ortega se ha estudiado desde el punto de vista de su (auto)ubicación en uno u otro de los bandos de esta *guerra civil*. La de Ortega fue, desde luego, una posición compleja. Su formación intelectual debía mucho, casi todo, al mundo cultural alemán, pues se había formado en Berlín y Marburgo¹⁵. Allí aprendió no solo filosofía, sino que modeló parte de sus reflexiones sobre nación y política española, en contraste con el ejemplo alemán: una nación imperial alemana consolidada que era un hervidero de discursos y prácticas nacionalistas¹⁶. Políticamente, Ortega era en 1914 un liberal, que había llegado a manifestar simpatías por el naciente socialismo español. Pero la contradicción, tanto como la complejidad, fue siempre la característica principal de su pensamiento y acción. Su posicionamiento en los inicios de la guerra fue, como veremos, igualmente complejo y contradictorio. Cuando tuvo que pronunciarse lo hizo como un *aliadófilo* poco enfático, desfibrado.

Mi objetivo en este texto es tratar de analizar la figura de Ortega ante la Primera Guerra Mundial poniendo el énfasis en un aspecto, en mi opinión central, pero que ha sido menos analizado en la bibliografía que se ha ocupado tanto de Ortega como del conjunto de los intelectuales españoles en esta coyuntura. La posición de Ortega ante las primeras fases de la guerra (pero también durante el desarrollo y tras su finalización) debe entenderse como parte integrante de su reflexión sobre la nación y la identidad nacional española y no sólo como una reflexión aislada, dictada por la coyuntura bélica y referida exclusivamente a la misma. En mi opinión, esta reflexión sobre la nación y la identidad nacional española se encuentra presente de manera medular en toda la producción intelectual orteguiana, desde los orígenes mismos de su obra, desde sus primeros escritos de juventud¹⁷. Aunque Ortega intentó desmarcarse de la reflexión sobre la nación que habían desarrollado los intelectuales de la llamada *Generación de 1898* (a los que juzgaba demasiado pesimistas e incapaces de generar propuestas de



12. Maximiliano FUENTES CODERA, “Imperialismos e Iberismos en España: perspectivas regeneradoras frente a la gran guerra”, *Historia y Política*, 33 (2015), pp. 21-48.

13. Aunque no coincido con la caracterización propuesta, véase Andreu NAVARRA ORDOÑO, *1914. Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Madrid, Cátedra, 2014, pp. 217-236.

14. José Carlos MAINER, *Literatura y pequeña-burguesía en España (Notas 1890-1950)*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1972, p. 126.

15. Rockwell GRAY, *José Ortega y Gasset: el imperativo de la modernidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1994.

16. Michael JEFFERIES, *Imperial Culture in Germany, 1871-1918*, Basingstoke, Palgrave, 2003.

17. Ferran ARCHILÉS, “La nación de las mocedades de José Ortega y Gasset y el discurso del nacionalismo español (c. 1906-c. 1914)”, en Carlos FORCADELL, Ismael SAZ y Pilar SALOMÓN (eds.), *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia-Zaragoza, Universitat de València-Institución Fernando el Católico, 2009, pp. 65-122.

acción), especialmente Miguel de Unamuno, compartía con ellos la obsesión por la idea de nación y un impulso *regeneracionista*, esto es, la versión española de las posturas palingenésicas finiseculares aparecidas en Europa¹⁸. Su crítica a los autores de esta generación tuvo mucho que ver con una estrategia de autolegitimación intelectual personal a la vez que *generacional*, y para ello necesitaba disociar sus pronunciamientos para generar un espacio propio. No hay que olvidar, sin embargo, que a lo largo del periodo de la Restauración existía un magma cultural que había convertido la reflexión sobre la nación española, su pasado y su momento presente en un elemento transversal a las culturas políticas más diversas¹⁹.

Hacia 1914, Ortega había hecho ya los deberes y había elaborado buena parte de su pensamiento sobre la nación española. Cuando la guerra estalle, Ortega la convertirá en vehículo para la reflexión sobre el presente y el futuro de la nación. Pensar la Gran Guerra fue para Ortega pensar España. El lugar periférico que ocupó España desde el verano de 1914 se convirtió en el motor de su reflexión sobre un país que, según su lamento, no aspiraba a ser más que ese triste *suburbio* de Europa.

Antes de agosto. Meditaciones sobre la nación

El 23 de marzo de 1914, Ortega pronunció en Madrid la conferencia “Vieja y Nueva política”. Fue la primera gran intervención del todavía joven Ortega –nacido en 1883– en el debate intelectual español, y en ella cristaliza toda la experiencia acumulada, al menos desde sus primeros escritos públicos de 1906 y tras su etapa formativa en universidades alemanas. Es, además, contemporánea a los textos preparatorios de las *Meditaciones del Quijote*. Forma parte de un momento en que, como ha señalado Javier Varela, Ortega describe el problema de España como “un problema de psicología colectiva”²⁰. Es por ello que, en mi opinión, “Vieja y nueva política” debe ser entendida *desde dentro* de un discurso nacionalista omnipresente que conforma la escritura orteguiana a lo largo de estos años clave.

El texto era una crítica feroz a la política seguida en la España de la Restauración y una llamada a las nuevas generaciones de jóvenes a la acción. Es un escrito contemporáneo del llamamiento que había hecho para la creación de la “Liga de educación política española”, que buscaba apelar a una élite (especialmente de jóvenes como el propio Ortega) que dirigiría el país. Para Ortega, acción política fue siempre sinónimo de acción de las elites.

La idea omnipresente del texto era, desde luego, la contraposición entre una vieja y una nueva España. Una imagen que se muestra heredera de la distinción entre la España oficial y la España real del regeneracionismo de Joaquín Costa. Pero para Ortega la gravedad añadida en la España de la Restauración era que por primera vez la distancia entre la España “oficial” y la España “vital” se había vuelto insalvable.

18. Ismael SAZ, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Marcial Pons, Madrid, 2003.

19. Véase la reciente síntesis de Marta GARCÍA CARRIÓN, “Cultura nacional y nacionalismo español”, en Carlos FORCADELL y Manuel SUÁREZ CORTINA (eds.), *Historia de las culturas políticas en España y América Latina. Volumen III. La Restauración y la República*, Madrid, Zaragoza, Marcial Pons-Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 169-200.

20. *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*. Madrid, Taurus, 1999, p. 191.

Para Ortega, la nación era algo que no empezaba ni terminaba en los límites del Estado. La crisis del Estado de la Restauración, no era, además, algo superficial. Para Ortega, “Lo malo es que no es el Estado español quien está enfermo por externos errores de política sólo; que quien está enferma, casi moribunda, es la raza, la sustancia nacional y que, por tanto, la política no es la solución suficiente del problema nacional porque este es un problema histórico”. Así, la nación queda equiparada a la raza, a una “sustancia”, ideas que nos remiten a una terminología sin duda de hondas resonancias. Además, Ortega la vinculaba a una continuidad temporal, pues estamos ante un problema histórico. Y todo ello, de nuevo, con la no menos evocadora metáfora de la “enfermedad”, cuyas imágenes regeneradoras y palingenésicas asociadas se repiten.

Ortega pedirá pues, “acción nacional”, y resumirá su programa en “liberalismo y nacionalización”²¹. Una nacionalización que, para él, implicaba la subordinación de todo sistema de intereses particulares al interés supremo de la nación²².

En 1914 vio la luz el primer libro de Ortega, *Meditaciones del Quijote*, donde se propuso abordar un análisis de la cultura española. El proyecto original no debía abordar sólo el Quijote (del que, a la postre, se ocupa más bien poco), sino que se planteaba unas meditaciones más amplias de arte y literatura (por lo que debió incluir reflexiones sobre Azorín, Baroja, etc.) para trazar “una manera española de ver las cosas”. Una *estética española* como forma de identidad cultural²³. Ortega tratará de fijar un “estilo de vida”, una “sustancia de la raza”. En el libro está presente en la herencia, más o menos consciente, de la llamada “psicología de los pueblos” finisecular. Pocos años antes Ortega había afirmado sin empacho a propósito del italiano y del español, esto es de los pueblos del “Sur”, que “esa incontinencia, esa irreflexión, son manifestaciones de un histerismo étnico, tal vez heredero del histerismo oriental, que podrá en individuos determinados no ser funesto, pero que basta para imposibilitar a un pueblo entero, el ejercicio de las virtudes superiores”²⁴.

Ortega, al presentar al lector su libro, hacía constar que “Al lado de gloriosos asuntos, se habla muy frecuentemente en estas *Meditaciones* de las cosas más nimias. Se atiende a detalles del paisaje español, del modo de conversar de los labriegos, del giro de las danzas y cantos populares, de los colores y estilos en el traje y en los utensilios, de las peculiaridades del idioma y, en general, de las manifestaciones menudas donde se revela la intimidad de una raza”²⁵. En mi opinión, estamos ante una huella del que casi llegó a ser género de escritura: el del *alma* de España, y al que Ortega, a pesar de todo, no supo resistirse.

¿Por qué don Quijote? Porque agrupa a los españoles “como un hilo espiritual, los nacionaliza, poniendo tras sus amarguras personales un comunal dolor étnico”. Y por ello el libro se origina en la “los latidos de la preocupación patriótica” y se fundamentan “en la negación de una España caduca”, frente a la que se propone actuar.

21. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I (1902/1915)*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 710 y ss.

22. Antonio ELORZA, *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, Anagrama, 1984. p. 78.

23. Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA, *La Generación del 14. Una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2006, p. 80

24. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, pp. 517-518.

25. José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones sobre la literatura y el arte (la manera española de mirar las cosas)*, Madrid, Castalia, 1987, pp. 92, 106.



Ortega dirá que “la palabra ‘español’ corre el riesgo de no ser entendida en toda su dignidad”, y añade inmediatamente que “olvidamos que es, en definitiva, cada raza un ensayo de una nueva manera de vivir, de una nueva sensibilidad. Cuando la raza consigue desenvolver plenamente sus energías peculiares, el orbe se enriquece de un modo incalculable”. Resumido con toda eficiencia: “Un pueblo es un estilo de vida, y como tal, consiste en cierta modulación simple y diferencial que va organizando la materia en torno”. Por ello si “causas exteriores desvían a lo mejor de su ideal trayectoria este movimiento de organización creadora en que se va desarrollando el estilo de un pueblo [...] el resultado es el más monstruoso y lamentable que cabe imaginar. Cada paso de avance en ese proceso de desviación soterra y oprime más la intención original, la va envolviendo en una costra muerta de productos fracasados, torpes, insuficientes. Cada día es ese pueblo menos lo que tenía que haber sido”. Ortega, por tanto, define un pueblo como un estilo de vida irreductible al cual está destinada una trayectoria que, eso sí, puede ser trágicamente desviada. Como vemos, Ortega no usa aquí el concepto nación, y prefiere algo más íntimo y profundo como es una noción de pueblo (equiparable a raza) como manera de vivir, como manifestación de una sensibilidad.

Ortega rechaza un “patriotismo sin perspectiva, sin jerarquías, que acepta como español cuanto ha tenido a bien producirse en nuestras tierras, confundiendo las más ineptas degeneraciones con lo que es a España esencial”. Por ello, Ortega arremete de nuevo contra la tradición: “¡La tradición! La realidad tradicional en España ha consistido precisamente en el aniquilamiento progresivo de la posibilidad España”. Porque la tradición nacional habría sido una falsa, una desviada tradición que habría pervertido las posibilidades verdaderas del pueblo. Y la conclusión es ciertamente tremenda, aunque coherente: “De entre los escombros tradicionales, nos urge salvar la primera sustancia de la raza, el módulo hispánico, aquel simple temblor español ante el caos. Lo que suele llamarse España no es eso, sino justamente el fracaso de eso”.

Pero hay más en su definición de nación. “El individuo no puede orientarse en el universo sino a través de su raza, porque va sumido en ella como la gota en la nube viajera”. En ocasiones Ortega insinúa una definición de la raza en sentido biológico. Así, señala “Italia, Francia, España están anegadas de sangre germánica. Somos razas esencialmente impuras; por nuestras venas fluye una trágica contradicción fisiológica”. En un párrafo terrible, Ortega se lamenta, “¿Por qué el español se obstina en vivir anacrónicamente consigo mismo? ¿Por qué se olvida de su herencia germánica? Sin ella –no haya duda– padecería un destino equívoco. Detrás de las facciones mediterráneas parece esconderse el gesto asiático o africano, y en éste –en los ojos, en los labios asiáticos o africanos– yace como sólo adormecida la bestia infrahumana, presta a invadir la entera fisonomía”. Desde sus primeros escritos, Ortega recurrió a explicar las diferencias nacionales por el sustrato biológico. En las *Meditaciones*, Ortega “establece un paralelismo entre rasgos culturales –artes, costumbres, normas jurídicas– y raza –entendida como constitución biológica– sin atreverse a postular una relación de causalidad. Entonces se contenta con clasificar las ‘maneras de ser’ según el ‘estilo’ o ‘nota esencial’ de una comunidad”²⁶.

Este era, por tanto, el telón de fondo de la manera orteguiana de ver la nación en 1914, en vísperas de la guerra. Nada de todo ello era una reflexión casual, sino que conformaba el núcleo de sus meditaciones sobre España.

26. VARELA, *La novela*, pp. 198-200.

1915. Neutralidades que matan

Sorprendentemente, las escasas anotaciones de la primera quincena de agosto de 1914, apenas un puñado de páginas, del diario privado antes mencionado fueron los únicos escritos que Ortega dedicó al conflicto a lo largo del medio año crucial iniciado con el estallido de las hostilidades. ¿Por qué interrumpió su diario a los pocos días? Además, y a pesar de la importancia que la guerra tenía, guardó silencio en público. Resultaba extraño, o al menos sorprendente, y fue comentado y criticado en los sectores intelectuales. Si Ortega aspiraba a guiar la renovación política española como había proclamado, su voz se echaba en falta precisamente en un momento decisivo. Tal vez podría suponerse que guardó silencio público por cautela o por indefinición, por no perjudicarse. Ciertamente las páginas del diario tienen no poco de desconcierto, por falta de información fiable. Eso sí, Ortega avanzaba ya algunas opiniones contundentes, como cuando señalaba en unas líneas terribles su “confianza en que del otro lado de la guerra, más allá de esa enorme, pavorosa cortina de llamaradas que ahora va a cubrirnos el horizonte, comienza una edad suculenta y fertilísima para lo esencialmente humano”. La guerra como regeneración (¿de España? ¿de Europa toda?). Era la misma reflexión que pocos meses más tarde haría Unamuno en la prensa argentina, confiado en la sacudida contra la “modorra y adormilamiento” que supondría el estallido del conflicto²⁷.

Ortega también tendría espacio para ironizar sobre la simpatía despertada por la ocupación de Lieja y de Bélgica: “Ya hay un débil atropellado. Desde que tengo uso de razón no he visto que España se apasione más que por los débiles”. Indefinición a su manera, por tanto. O al menos respecto del siguiente escenario: “En general, el pueblo y los intelectuales son germanófilos. Las clases conservadoras y el ejército, germanófobos”²⁸. Probablemente era un diagnóstico ajustado. Ortega, en todo caso, no se pronunciaba. Pero no se trataba de una simple indefinición. En Ortega, el cálculo y el convencimiento fueron casi siempre de la mano. Pensar en público era para él una estrategia, crearse un espacio propio, ocupar un lugar personal e intransferible (aun a riesgo de resultar contradictorio) en el campo de fuerzas intelectual. Por el momento, ni aliadófilo ni germanófilo: Ortega.

A principios de 1915 fundó una nueva publicación de la que sería el director, *España*. Esta revista sería la principal plataforma para su propuesta de la “nueva política”. Es en sus páginas donde encontraremos su opinión sobre la guerra a lo largo de 1915. “De la guerra saldrá otra Europa. Y es forzoso intentar que salga otra España”, declarará solemnemente en el primer número de la publicación²⁹.

Sin excesos ni entusiasmos, Ortega tomó partido por los aliados (o como veremos, había tomado partido contra el sentido que él atribuía a la *neutralidad*). Por entonces, el generalizado apoyo a la neutralidad adoptada por el gobierno Dato se había quebrado en el mundo político e intelectual español³⁰. La posición de Ortega no era, por tanto, demasiado original en principio. Pero la clave de su reflexión era más bien otra: la posición marginal de España, y las causas y soluciones que esta marginalidad

27. Citado por FUENTES, Maximiliano, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*. Madrid, Akal, 2014, p. 52.

28. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo VII (1902-1925). Obra postuma*, pp. 384 y ss.

29. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, p. 831.

30. FUENTES, *España en la Primera Guerra Mundial*, pp. 31 y ss.



implicaba. Podemos verlo en tres artículos que fijaron su posición, publicados entre enero y marzo de 1915. Dos de ellos estaban dedicados a Italia. Ortega comparaba Italia con España. Italia, tras un largo periodo de atraso y ruina “Hoy es un pueblo fuerte y edificado que interviene en el gobierno del mundo”. Para Ortega la razón de este cambio no era otra que la participación en la guerra. Como por ensalmo y si bien el periodo postunitario en Italia ha sido analizado habitualmente como ambivalente en sus logros y con un Estado parcialmente débil, nada de ello era importante ya, según Ortega. En realidad en Italia la decisión sobre la neutralidad o la participación había sido compleja, y ampliamente mayoritaria en la población la primera opción³¹. En cambio, numerosos intelectuales fueron los que apoyaron la intervención³². Probablemente Ortega interpretó la situación italiana con los ojos del mundo intelectual italiano, al menos de una parte de él. Ciertamente, la guerra supuso un enorme impacto en la forja de la identidad nacional italiana y de su discurso nacional-patriótico³³. Como en otros casos entre los participantes, de Francia a Australia, pasando por Irlanda, la guerra fue un hito (aunque no precisamente exento de tensiones) en la construcción de la identidad nacional.

En contraste con Italia, “Nosotros no podemos mirar a los últimos sesenta años de nuestra vida sin sonrojo y sin ira. Los directores de nuestra patria han hecho de ella lo contrario de lo que hicieron con la suya los directores de la raza italiana: estos han hecho a Italia, aquéllos han deshecho a España”. El veredicto era, por tanto, muy crudo: España estaba “deshecha”. Este no era un argumento nuevo en la reflexión orteguiana. En 1909 había afirmado ya que “España no existe como nación” y la idea era obsesiva³⁴. Estaba de nuevo en *Vieja y nueva política* y volvería a reaparecer en sus escritos, hasta culminar en 1922 en su obra *España invertebrada*. La participación en la guerra, en la “guerra definitiva” como la llamó Ortega, es el punto culminante del contraste. España en cambio se encuentra en 1915 que “somos una nación descamisada”, una nación desnuda.

La guerra era vista por Ortega, una vez más, como posibilidad para reaccionar, para la *regeneración*. Este punto de vista había sido ampliamente planteado en España el mismo verano de 1914, también por él mismo³⁵. Y, en un sentido más extremo, formaba parte por supuesto de la conciencia de buena parte de la intelectualidad europea, hasta el punto de ser uno de sus aspectos más ambivalentes³⁶. Glorificar la guerra (al servicio de la Nación o el Estado) como hacedora o vivificadora de los pueblos tuvo en 1914 y tendría después unas consecuencias trágicas³⁷.

31. Antonio GIBELLI, *La Grande Guerra degli Italiani 1915-1918*, Milán BUR-Rizzoli, 2014, pp. 20 y ss.

32. Mario ISNENGI, *Il mito della grande Guerra*, Bolonia, Il Mulino, 2014 (ed. actualizada); Patrizia DOGLIANI, “Los intelectuales italianos en la gran Guerra: intervencionismo, patriotismo, neutralismo (1914-1918)”, *Ayer*, 91 (2013), pp. 93-120.

33. Alberto Mario BANTI, *Sublime madre nostra. La nazione italiana dal Risorgimento al fascismo*, Bari, Laterza, 2011, pp. 94-145.

34. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, p. 403.

35. FUENTES, *España en la primera Guerra Mundial*, pp. 51-60.

36. Emilio GENTILE, *L'apocalisse della modernità: la Grande Guerra per l'uomo nuovo*, Milán, Mondadori, 2008.

37. Enzo TRAVERSO, *La violencia nazi. Una genealogía europea*, México, FCE, 2003, pp. 91 y ss.

Para Ortega no cabían dudas de que “Lo que va a hacer Italia dentro de unas semanas [...] es para España el suceso más grave de toda esta cruelísima etapa”. Puesto que Italia iba a movilizar a “un millón de soldados a la hora justa en que ese millón [...] puede ser decisivo”³⁸. Ortega era muy consciente de que ese millón de soldados italianos no eran decisivos en el sentido técnico de hacer ganar o perder la guerra a uno de los bandos, sino que lo eran a la hora de situar a Italia como un país activo e importante. En cambio España quedaría aislada, como país definitivamente periférico y marginal, irrelevante en el esfuerzo bélico. En este artículo Ortega apostaba además por primera vez por abandonar la política de neutralidad que el Gobierno del primer ministro conservador Eduardo Dato había adoptado el año anterior³⁹.

Eduardo Dato sería en los meses siguientes el objeto preferido de las críticas de Ortega, pues en su opinión sería bajo el Gobierno de Eduardo Dato que “llegó el corazón de España a dar el menor número de latidos por minuto”. Este aletargamiento era para Ortega el resultado de la incapacidad del Estado (esto es, de la España “oficial”). El tiempo de la guerra y la neutralidad deberían haber servido, según Ortega, para rehacerse, y hacerlo además a toda velocidad, mientras la demás naciones combatían. Pero el Gobierno de Eduardo Dato no lo había hecho: “han faltado trágicamente al patriotismo”, afirmó sentenciosamente. En su opinión habían perdido la oportunidad de “suscitar la vena de ardor nacional que aún queda viva en nuestro pueblo”. Aunque de manera contradictoria, Ortega reclamaba al Estado (a pesar de haber insistido en sus incapacidades una y otra vez) la tarea de rehacer la nación. Ortega estaba convencido (a pesar de ser una afirmación francamente opinable ante el desarrollo de los acontecimientos) que el inicio de la guerra azuzó también en España el despertar del “instinto nacional”. Es difícil no prestar atención a la intensa retórica sobre la nación que Ortega desplegaba. Pero, eso sí, este “instinto nacional”, y de nuevo de manera contradictoria, para Ortega no debía confundirse con el nacionalismo. Sin embargo eso es precisamente lo que sucedió en Europa: un estallido de nacionalismo. Para Ortega el Gobierno debía haber impulsado una “obra común” en que participaran todos los españoles. El ejemplo era el heroísmo que por toda Europa se desplegaba y que estaba logrando mitigar, destacaba Ortega de manera aprobatoria, hasta la lucha de clases. Parece difícil evitar pensar que Ortega estaba describiendo una suerte de *Union Sacrée* como objetivo nacional para España. Evidentemente, esta unión sólo tenía sentido en países que sí iban a participar en la Guerra⁴⁰. Además, las movilizaciones ante el estallido de la guerra fueron tremendamente complejas, y no hubo reacciones monolíticas⁴¹. Las fracturas internas fueron la norma, aunque el resultado final pareciera homogéneo en retrospectiva⁴². Pero Ortega parecía querer ignorar esto y proponer que, incluso bajo las condiciones de neutralidad, también era posible plantearlo.

38. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, pp. 832-833.

39. GARCÍA SANZ, *España en la gran guerra*, pp. 125 y ss.

40. Jean-Jacques Becker, “Unions sacrées et sentiment des responsabilités”, en Stéphane AUDOIN-ROUZEAU, y Jean-Jacques BECKER (dirs.), *Encyclopédie de la Grande Guerre 1914-1918*, Paris, Bayard, 2013, pp. 195-206. Sobre el caso francés específicamente, Jean-Jacques BECKER, *La France en guerre, 1914-1918*, Bruselas, Éditions Complexe, 1988, pp. 21-51.

41. Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Annette BECKER, *14-18, retrouver la Guerre*, Paris, Gallimard, 2000, pp. 131 y ss.

42. También este fue el caso alemán, como señala Peter FRITZSCHE, *De alemanes a nazis, 1914-1933*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2006, pp. 29-43.

Con todo, cuando Ortega criticaba la neutralidad, no estaba proponiendo que España entrara en la guerra⁴³. Era muy consciente, sin ir más lejos, de la debilidad del ejército español. Para Ortega se trataba de proponer una “política defensiva”, de manera que si un submarino alemán atacaba un barco español (y esto sería mucho más que una remota posibilidad cuando en 1916 y 1917 el Mar Mediterráneo se convirtiera en campo de batalla) hubiese una respuesta armada⁴⁴. En realidad, proponía la adopción de una posición similar a la de los Estados Unidos⁴⁵. Para Ortega, por lo tanto, se trataba de adoptar una neutralidad defensiva, si era preciso. En el fondo, se trataba de evitar la impresión de indefensión y abandono del país. Pero lo cierto es que eso era estrictamente un aspecto militar. ¿Para qué la Unión Sagrada? La respuesta es simple: porque para Ortega lo que estaba en juego era la Nación y, en concreto a través de su lugar en el mundo, y no sólo una cuestión de defensa militar estricta.

En el mismo mes de marzo de 1915, y una vez que Italia ya había optado por entrar en la guerra del lado de los aliados, Ortega volvía a plantear la comparación de Italia con España. Los argumentos de Ortega eran los mismos que en el primer artículo de enero. Pero ahora Ortega precisaba algunos aspectos más concretos de las consecuencias para Italia de participar en la guerra. Para Ortega, se trataba de que Italia pudiese garantizar ni más ni menos que sus aspiraciones imperiales y de potencia del Mediterráneo. La neutralidad hubiese supuesto, al fin de la guerra, quedar marginada. No luchar suponía poner en duda (y la retórica *vitalista* es, una vez más, altamente reveladora) la “capacidad de perdurar, la voluntad de vivir”⁴⁶. Evidentemente, Ortega estaba pensando tanto en Italia como en España, y se preguntaba el lugar que ocuparía España en ese contexto.

38

Conviene recordar en este punto que Ortega, aunque muy crítico con la política española desplegada en el norte de Marruecos, era un firme partidario de la presencia colonial española, un “imperialista liberal”, heredero de la postura de Joaquín Costa⁴⁷. En una serie de artículos publicados entre mayo y junio de 1911 Ortega había señalado que “El Rif se halla en la costa mediterránea marroquí; España posee sobre él un derecho histórico y una obligación secular”. Reutilizando una retórica bastante rancia aunque con ropajes nuevos afirmó que “España es un país que, pronto a realizar hazañas y misiones que no le incumbían –como arrojar a los judíos, conquistar América, dominar Flandes e Italia, combatir la Reforma, apoyar el poder temporal de los Papas–, deja en cambio, incumplidas, con tenacidad incomprensible, las misiones más claras y elementales que la historia le propone: así, la europeización de África desde Túnez a las Canarias y el Sáhara”. En fin, Ortega pedía que “penetre en la fisiología de la sociedad bereber algo de estructura española”⁴⁸.

43. Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA, *La Generación del 14*, pp. 293-298. Véase también Jordi GRACIA, *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2014, pp. 211-215.

44. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, pp. 846-849.

45. No era una referencia al azar. Véase José Antonio MONTERO JIMÉNEZ, “España y los Estados Unidos frente a la I Guerra Mundial”, *Historia y Política*, 32 (2014), pp. 71-104.

46. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, p. 852.

47. La caracterización es de ANDRÉ BACHOUD, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, p. 359.

48. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, pp. 411-412 y 420.

Ahora, en 1915 y en el marco de la comparación con Italia, quedaba claro que el imperio era parte de la solución (así como parte del problema, claro). Vitalidad o muerte, una vez más el viejo dilema. Ortega recapitulaba que “Si España no manifiesta de alguna manera su energía vital, ¿cómo podrá entrar por su pie en el tiempo nuevo?”⁴⁹. Para Ortega la respuesta no era, no podía ser, abandonar sin más la neutralidad, sino hacerlo bajo ciertas condiciones.

Días después Ortega comentó un discurso de Melquíades Álvarez, líder del Partido Reformista, en el que Ortega había puesto ciertas esperanzas para desarrollar su programa de la Liga de Educación Política y en el que de hecho militó⁵⁰. Melquíades Álvarez proponía que España se pusiera decididamente del lado de Gran Bretaña. Ortega reconocía que esto podía tener sentido, pero era la aceptación de una derrota, de una debilidad. Ortega seguiría en los meses siguientes criticando la neutralidad. Y la clave, sin duda, estaba en algo más que la toma de partido por un bando u otro. De todas formas su posición no era excesivamente marginal ni original. Era bastante similar no sólo a la de Melquíades Álvarez sino al líder del partido liberal, el conde de Romanones (que sucedería a Dato a finales de 1915 como presidente del Consejo de Ministros) quien en agosto de 1914 había publicado (sin firma) su célebre artículo “Neutralidades que matan”⁵¹.

Pero Ortega y Gasset amaba resultar controvertido y ser idiosincrático, como demostraría en tantas ocasiones a lo largo de su carrera. En octubre de 1915, escribió para *España* una serie de tres artículos (tímulos “Una manera de pensar”) donde rechazaba ciertas acusaciones aparecidas en Alemania sobre su supuesta germanofobia, así como otras procedentes de Francia sobre su francofobia. Estaba encantado. Estar en medio de todo y a la vez por encima de todos era su posición favorita. El año 1915 marcó el momento preciso en que la guerra civil de palabras de los intelectuales españoles estalló abiertamente⁵². Con manifiesto desprecio Ortega había escrito en septiembre de 1915: “¿Germanófilos, francófilos? Insultos de unos periodistas a otros periodistas en las columnas impresas, de unos ciudadanos a otros ciudadanos en torno a las mesas de los cafés, soberbias y estulticias oratorias, ausencia de lealtad y cordialidad nacional, palabras...”⁵³. Ortega se situaba, pues, *au-dessus de la mêlée*.

Así cultivado el terreno, bajo sus reglas de juego, era el momento de admitir abiertamente su posición: “coincido con los que desean vivamente el triunfo de los aliados”⁵⁴. Era la primera ocasión que lo ponía por escrito bajo su firma individual, aunque no era exactamente un secreto⁵⁵. Pero Ortega alardeaba de que “un año largo dura la guerra, y creo poder contarme entre los escritores que menos han escrito sobre la guerra”. Es más, y sorprendentemente a la luz de la contundencia de algunos de sus

49. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, p. 853.

50. Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza y Janés, 2002, p. 151.

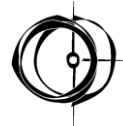
51. FUENTES, *España en la primera guerra mundial*, p. 45.

52. Fernando DÍAZ-PLAJA, *Francófilos y Germanófilos*. Barcelona, Dopesa, 1973; Fuentes, *España en la primera guerra mundial*, pp. 61 y ss.

53. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, p. 905.

54. *Ibidem*, p. 909.

55. ORTEGA había firmado el manifiesto aliadófilo redactado por Pérez de Ayala, junto a Unamuno, Azaña, Araquistáin o Marañón que publicó la revista *España* el día 9 de julio de 1915, y que antes había sido publicado en París. Véase FUENTES, *España en la primera guerra mundial*, pp. 93-95.



(ciertamente escasos) textos anteriores, afirmaba su convencimiento de que “cuando las armas resuenan deben callar las plumas”⁵⁶. Su relativo silencio, pues, no se debía a cálculo ni confusión alguna: era prudencia, inteligencia. Dando una vuelta de tuerca a su argumento afirmaba que eran sus colegas, los intelectuales (los alemanes primero, y luego todos los demás países) los responsables de que el silencio no fuera posible. De esta manera, Ortega cuando se mostraba dispuesto a hacer como sus pares, abandonar el silencio de las plumas, se distanciaba aristocráticamente de ellos.

Pero Ortega quería dejar muy claro llegados a este punto que no estaba en absoluto dispuesto (como supuestamente le había sido requerido unos meses antes por un académico belga de la Sorbona) a declarar a los alemanes como “bárbaros” y tampoco a reconocer una supuesta superioridad de la cultura francesa sobre la alemana⁵⁷. La anécdota o la excusa de verse impelido por un profesor de la martirizada Bélgica a pronunciarse es, sin duda, un recurso retórico notable. Ortega no quería ni podía afirmar lo que se le reclamaba, y cualquiera de sus lectores (admiradores suyos o no) podía entender su posición. Ortega recapitulaba su trayectoria señalando que “durante ocho años he movido, en privado y en público, en España y en América, una campaña de entusiasmo por el espíritu germánico”. De manera característica, Ortega llegaba a afirmar que, “Quiérase o no, ha prendido en los senos espirituales de nuestra raza esta simiente de germanismo. Pase lo que pase, allí estará para siempre hincada la fecunda semilla. Pues bien, en parte de no exigua me corresponde de ello la responsabilidad y el honor”⁵⁸. Casi parece haber aquí una respuesta al exabrupto coetáneo de Miguel de Unamuno sobre la presencia de “tantos tontos a la prusiana” en la España del momento⁵⁹.

40

Mediante nada más y nada menos que diecisiete puntos, Ortega desarrollaba su pensamiento. El primero de ellos, señalaba que para él la guerra no era el fracaso de la civilización, sino algo que estaba en su seno, en su “conciencia”, estaba “preparado y exigido” por ella. No había sorpresa. La guerra era algo consustancial con la misma (y tal vez, al propio Ortega). Pero, señalaba que tampoco era esta una guerra entre “culturas” opuestas, divergentes, sino mucho más llanamente entre “grupos de pueblos”. Sin duda estas afirmaciones le distanciaban del significado del europeísmo de Eugenio d’Ors o de Romain Rolland⁶⁰. Por cierto no hubo mención alguna a Rolland (tampoco a d’Ors) a lo largo de sus escritos de 1915, a pesar del inmenso impacto de que tuvieron los escritos agrupados en *Au-dessus de la mêlée* y que se convirtieron en la piedra de toque del debate entre intelectuales europeos⁶¹. Ortega buscaba siempre brillar en una posición individual, propia; original o que al menos lo pareciera.

56. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, pp. 906-907.

57. Este era uno de los aspectos en el que los germanófilos más habían insistido, como Jacinto Benavente en su manifiesto. Véase DÍAZ-PLAJA, *Francófilos y Germanófilos*, 339-343.

58. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, p. 908.

59. Citado por Robert G. MOWRY, “La generación del 98 frente a la primera guerra mundial”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 171 (3) (1974), pp., 523-574, cita de la p. 528. Sobre la actitud de Unamuno, véase, Colette y Jean-Claude RABATÉ, *Miguel de Unamuno. Biografía*. Madrid, Taurus, 2009, pp. 345 y ss.

60. FUENTES, *España en la primera guerra mundial*, pp. 72-80. Una muy equilibrada lectura de la posición de d’Ors en Maximiliano FUENTES, *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d’Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Pagès editors, Universitat de Lleida, 2009.

61. Romain ROLLAND, *Au-dessus de la mêlée*, Paris, Payot, 2013 (ed. de Cristophe PROCHASSON).

Ortega se desmarcaba e incidía en un análisis mucho más apegado a intereses concretos y no a los grandes principios. Para él, la guerra había nacido de intereses económicos idénticos: defensivos para Alemania y Francia y ofensivos por parte de Alemania. En este sentido, parecía ponerse de perfil, equidistante. Pero también añadía que “aparte de esto es una guerra étnica entre germanos y eslavos”, lo que, en fin, parece si no desmentir matizar la argumentación economicista.

Para Ortega, Alemania se había preparado para la guerra, pero Francia no (aunque no se privaba de anotar que tal vez “Esta falta de preparación provenga de debilidad moral y política” lo que convertía la virtud en defecto y a la inversa), y por ello había que estar contra Alemania. Pero, en todo caso, en su opinión, la posición de Alemania no era resultado de la “soberbia” ni de una “ambición necia”. Se trataba de “una trágica necesidad de expansión” debida, en definitiva, a las cuestiones coloniales, que vuelven a asomar la cabeza en las reflexiones orteguianas⁶².

Como puede verse, Ortega intentaba matizar cuidadosamente su posición. En efecto, como ha sintetizado con ironía Santos Juliá, Ortega era aliadófilo *ma non troppo*⁶³. Ortega pensaba, en definitiva, en la presencia, el peso en el juego internacional. Es muy aleccionador que, en este momento, Ortega volviera al tema de Marruecos, esto es a la cuestión colonial⁶⁴. Para Ortega, el futuro de España en Marruecos estaba ligado al de Inglaterra y Francia. Por ello, España debía aceptar la hegemonía inglesa (lo que, por tanto, era el mismo argumento que había criticado él en Melquiades Álvarez). Según Ortega “Desde la derrota de Napoleón, España no puede tener –quiera o no quiera– otra política internacional que la regida por Inglaterra”. El argumento orteguiano tenía, pues, mucho que ver, todo, con la reflexión sobre el nervio de la nación. Así, afirmaba que:

España, desventuradamente, no es un pueblo que goce de real independencia. La idependencia es un atributo del fuerte, del fuerte en todos sentidos. No sé si seremos fuertes algún día, pero mientras no lo seamos, es más noble aceptar noblemente la fatal hegemonía de otro pueblo.

España, entendida casi como una colonia, sin independencia. Este era, pues, el sentido de la declaración de “aliadófilo” de Ortega: la necesidad. De hecho, según Ortega era imposible que ningún español “consciente pueda odiar a ninguno de los tres grandes pueblos beligerantes”. Estar de un lado u otro era una “dolorosa fatalidad” y algo transitorio⁶⁵.

62. Por lo que respecta a Alemania, ha insistido en este aspecto Margaret MACMILLAN, 1914. *De la paz a la guerra*, Madrid, Turner, 2013.

63. Santos JULIÁ, “La nueva generación. De neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos”, *Ayer*, 91 (2013), pp. 121-144.

64. Pocos meses antes, en julio, ORTEGA había escrito que el “caso de Marruecos ilumina con su propia claridad la actitud colectiva ante casi todas las demás cuestiones nacionales” y señalaba que “No tenemos afán de vivir, de gozar, ni de imperar. Nuestra raza se ha tumbado al borde del camino como un can apaleado. Según Ortega “el pueblo español no tiene coraje, ímpetu de vitalidad para ir a Marruecos, para realizar lo que, por lo visto, es una fatalidad histórica –y en historia la fatalidad es la obligación”. Su conclusión era: “Toda la España que no es ultramontana estima la neutralidad forzosa como una fatal actitud que nos es impuesta en virtud de nuestra incapacidad de beligerancia, mas no se apresura a remediar el defecto, y mañana, a la hora de la paz, si es la paz benéfica o al menos inocua para nosotros, esa España volverá a hablar de militarismo” (*Obras completas. Tomo I*, pp. 887-888).

65. *Ibidem*, p. 912.



En definitiva, el núcleo central de la posición de Ortega no era su condición de “aliadófilo”, esto era circunstancial. El núcleo central de su posición era la crítica a la neutralidad porque era la prueba de la debilidad de la nación. Ortega reconocía, con escasa originalidad, lo mismo que todos sabían: que España tenía que ser neutral porque tenía más intereses internacionales (imperialistas) con Inglaterra y Francia que con Alemania, pero no podía entrar en la guerra por la debilidad de su ejército.

La *originalidad* de Ortega era su obsesión por la nación: sobre su vitalidad y su regeneración. A finales de 1915 publicaba un artículo titulado “La guerra, los pueblos, los dioses” donde planteaba abiertamente “¿y qué es la nación? ¿Qué es un pueblo?”. Ortega concreta por primera vez algo que seguramente llevaba tiempo madurando, pero que nunca había explicado tan claramente, y reflexiona sobre cómo “de 1900 a 1910 en el alma europea ha retoñado el romanticismo, y la idea de ‘nación’ es hija de los románticos. Más concretamente: es hija del romanticismo alemán: Herder, Schelling y Hegel han sido los profetas de la nacionalidad, del ‘espíritu del pueblo’, como ellos decían”. Y a partir de ahí señala que “el resto del siglo XIX ha insistido demasiado sobre la concepción de los pueblos como realidades anatómicas, físicas, bestiales, que cruzan la historia a la carrera [...] Yo ando remoto de pensar así”⁶⁶.

42

Nada de biología, por tanto, nada de “nación” así entendida, parece afirmar Ortega en esta ocasión. Frente a ello, “El determinismo radical de la historia tiene que ser psicológico o tal vez más estrictamente ideológico”. Así, “la última fuente de los actos de un pueblo consiste en su ideario. No hemos de buscar las razas humanas, las razas históricas en los cajones de la antropología, sino en la historia misma. Una raza de hombres es una clase de productos culturales, de ideas de acciones, de sentimientos. Y originariamente y sobre todo, una raza es una manera de pensar”. Es, por tanto, otra manera de formular lo que había señalado en las *Meditaciones del Quijote*. Pero aclara Ortega que al referirse a una manera de pensar, “pensar científico, a las creaciones estéticas o jurídicas de un pueblo: estas operaciones no son nunca en rigor populares, sino que las realizan individuos especializados”, otra cosa es que ello trascienda “como una fosforescencia ideológica”, y será, finalmente “en la atmósfera mítica del pueblo dentro de la cual, adquieren sus formas concretas las ciencias, las artes, las leyes”. Significativamente, Ortega ponía como ejemplo (algo tremendamente propio de Joaquín Costa, cabe recordar) que “estas últimas son cristalizaciones de una jurisprudencia difusa y más vaga: la costumbre”. Ortega, añade ahora, a todo ello, un nuevo giro retórico, cuando señala que un “pueblo es su mitología, y mito es todo lo que pensamos cuando no pensamos como especialistas [...] Mitología es el aire de ideas que respiramos a toda hora”. Y, efectivamente, esta mitología lo inunda todo, pues mitología son “las creencias básicas de que parte nuestro edificio espiritual, las tendencias intelectuales que constituyen el empujón inicial recibido del ambiente por nuestra conciencia infantil, el ritmo mental que penetra íntegramente nuestra estructura psicológica, atmósfera omnipotente e irradiante, siempre y dondequiera eficaz, substancia colectiva de que los individuos somos solo variaciones. Una mitología es un pueblo. La mitología en que nacemos es nuestra fatalidad y nuestro determinismo. Ella nos separa, nos incomunica en lo más íntimo con los otros hombres de los otros grupos”. El terrible colofón es que “rota la humanidad, los pueblos se educan trashumando, se hacen vagabundos. La historia es la historia de esta peregrinación en busca cada pueblo cada nación, de su parte de mundo”⁶⁷. Sin duda, Ortega acusa aquí el

66. *Ibidem*, p. 914

67. *Ibidem*, pp. 915-917.

pesimismo, la decepción posterior al estallido de la guerra. Pero su punto de vista es que el individuo está en realidad determinado por una sustancia, por una psicología, y sólo en función de ella puede actuar. Y cada pueblo (cada nación, dice Ortega) es irreductible y condenado a vagar incomprendido de los demás. Un corolario terrible, imbuido de pesimismo pero a la vez reflejo exacto de un pensamiento de hondísimas raíces en Ortega.

¿Dónde nos deja todo esto? Ortega afirmaba con toda claridad que un pueblo sólo podía entenderse como una psicología colectiva. Excluía la fundamentación biológica de los pueblos (lo cual no era tan original, pues tampoco para Unamuno, por ejemplo, se podía establecer un criterio racial exacto para definir a los españoles). En realidad, es lo que la psicología de los pueblos hacía. Para Lazarus y Stehntal, un pueblo se definía según criterios “espirituales”. No es que se excluyeran otros elementos, criterios “objetivos”, pero eran minimizados. Tal vez la posición orteguiana se aproxime, en cierto sentido a la de un Alfred Fouillée con su insistencia en el “carácter nacional”. La de la psicología colectiva, en definitiva, es por encima de todo una forma de definición cultural de la nación⁶⁸.

En segundo lugar, tal vez podríamos suponer que Ortega piensa que un pueblo o raza, esto es, su psicología colectiva, son algo distinto de la idea de nación “romántica” (y por tanto algo distinto al nacionalismo). ¿Pero que diferencia hay entre el “espíritu del pueblo” de un Herder y su psicología colectiva? Lo cierto es que Ortega apuesta decididamente por una definición cultural de la nación, que a través de su caracterización como psicología colectiva, ejercería un papel determinista (y sin ninguna referencia “cívica” en la idea de nación). En realidad, del único fardo que nos habríamos deshecho es el de la determinación biologizante (aunque no de su fundamentación, solo de su carácter decisivo). Ortega refuerza, en el seno de la guerra europea, su rechazo del nacionalismo y su idea de nación. Pero una vez más, nos hallamos ante la misma disyuntiva que, a través de mutaciones retóricas nos recorre. ¿Es que es posible afirmar que la definición de Ortega de pueblo no es *esencialmente* nacionalista? En mi opinión, no es posible afirmar tal cosa. Ortega fue un nacionalista, incluso aunque no estuviera inclinado a reconocerlo, en relación, se siente uno tentado a señalar, inversamente proporcional.

A finales de año, cayó el gobierno Dato. Ortega recapitulaba lo vivido:

Espectadora España y sin intervención positiva alguna, de los hechos gigantescos donde se está organizando un tiempo nuevo, corría, por lo menos, un peligro tan claro como grave: la desmoralización que en todo ser humano produce sentirse inerte mientras en torno el mundo hace alarde de incalculables energías. Y esto que es grave en un temperamento normal, había de serlo mucho más en una sensibilidad deprimida, exenta de confianza en sí, escéptica, entregada. Así ha ocurrido a nuestro pueblo.

Como hemos visto, Ortega creía y a la vez no creía en la posibilidad de darle la vuelta a la situación. De hecho, apuntó que:

Sólo una excitación poderosa por parte de una minoría directora, un fuerte empujón hacia la vida, podía contrarrestar en nosotros la emoción en la parálisis colectiva. Creo yo que era la presente una ocasión indubitable para abandonar el paso de andadura, los caminos usuales, las maneras consuetudinarias y recurrir inclusive a la extravagancia.

68. Charlotte TRAUTMANN-WALLER, *Aux origines d'une science allemande de la cultura. Linguistique et psychologies des peuples. Chaez Hemann Stehntal*, Paris, CNRS Editions, 2007; Caroline REYNAUD-PALIGOT, *La République Raciale 1860-1930*, Paris, PUF, 2006.



Cualquier cosa estaba justificada con tal de llevar al corazón español un sentimiento de fe y de esperanza en sus capacidades de pervivir.

Pero, remachaba Ortega, “El señor Dato ha preferido no hacer nada [...] toda la vida nacional estaba y está como atacada mortalmente de parálisis”. Y, en característica pirueta orteguiana, señalaba que, en todo caso, la culpa no era toda de los políticos, aunque su jeremiada lo hiciera suponer, pues “si una sociedad va hacia la muerte no la detendrá en su derrotero un Gobierno de arcángeles”⁶⁹.

1918 y la tierra del pasado

El interés de Ortega por dar su opinión sobre la guerra decayó en 1916 y 1917, y son muy escasos los textos que escribió⁷⁰. En realidad, se apartó deliberadamente y no quiso hacer de *España* una revista al servicio de los aliadófilos⁷¹. Desde 1915 la revista recibía financiación de la embajada británica y se nombró a Luis Araquistáin como director⁷². Su alejamiento le evitó tener que pronunciarse sobre la actitud de unos sectores intelectuales que estaban desplazándose del apoyo a los aliados a la “antigermanofilia”⁷³. ¿Estaba quedándose aislado? En todo caso, Ortega se dedicó a otras empresas intelectuales y periodísticas como *El Sol* y el arranque de los textos de *El Espectador* y realizó su primer viaje a Argentina. Pero no parece clara la razón de su silencio sobre la guerra⁷⁴.

Todo cambió, sin embargo, en 1918. En febrero de ese año, cuando el fin de la guerra era algo más que una posibilidad, Ortega confesaba desear que “la convulsión bélica traiga consigo una radical revisión de las instituciones” a lo largo y ancho de Europa, lo que claro está sucedió, aunque no exactamente en el sentido que Ortega hubiese deseado⁷⁵. De alguna manera la sacudida que supuso la guerra y su fin parecían haberse convertido en Ortega en si no una esperanza, si al menos, una posibilidad para el cambio, y tal vez ello le motivó a romper su silencio.

Pero, en todo caso, para España, escribiría Ortega en octubre del mismo año, todo iba a ser más difícil. Su balance de la situación era:

Con dolor, con rencor vimos que España no se había apercebido para atravesar ventajosamente la zona de los años guerreros y ello nos hostigaba a pedir, día por día, a nuestros compatriotas, en todos los tonos y en todas las formas, que evitasen el que la hora de la paz nos sorprendiese igualmente desprevenidos. Ya la paz viene y España está menos presta que nunca para hacerse su lugar en el tiempo nuevo que alborea.

69. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo I*, pp. 919-920.

70. Aunque en 1917 escribió un largo trabajo como comentario a la obra de MAX SCHELER “El genio de la guerra y la guerra alemana”. Se trata de su reflexión más filosófica sobre la guerra, sin referencias a España. Véase José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo II (1916)*, Madrid, Taurus, pp. 323-351.

71. JULIÁ, “La nueva generación...”, p. 140.

72. GARCÍA SANZ, *España en la Gran Guerra*, pp. 97-98.

73. FUENTES, *España en la Primera Guerra*, pp. 149 y ss.

74. ZAMORA, *Ortega y Gasset*, pp. 156 y ss. Pasa por encima José ORTEGA SPOTTORNO, *Los Ortega*, Madrid, Suma de Letras, 2003.

75. José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo III (1917-1925)*. Madrid, Taurus, p. 51. Sobre ORTEGA al fin de la guerra, GRACIA, *José Ortega y Gasset*, pp. 275-298.

Así pues, “la paz es para España sazón más difícil que la guerra”, pues nada se ha cambiado y el país seguía en la postración de 1914, si no peor⁷⁶.

Justo antes del armisticio y en los días siguientes, Ortega publicó numerosos artículos (más que ante el estallido, sin duda) sobre todo en *El Sol*, sobre las consecuencias de la paz para España⁷⁷. Ortega sabía, como lo sabía todo el mundo, que la posición de España era casi irrelevante en los asuntos internacionales. Su juicio era:

Necesitamos para España el derecho a ser respetada, y para ello necesitamos una España respetable. Esta España existe, pero es justamente lo contrario que la España oficial y oficiosa. Y se hace imprescindible sepultar rápidamente toda esa España inepta, a fin de que, al preguntar por nuestra raza la Liga de los Pueblos, se reencuentre con una España apta para el diálogo⁷⁸.

Para Ortega era, más que nunca, la hora de la *nueva política* que venía propugnando desde antes ya del inicio de la guerra. El fin de la misma había añadido la angustia de la irrelevancia internacional, como si, en efecto, de otro 98 se tratara. En la visión orteguiana, pero no sólo en la suya, España necesitaba una transformación profunda de la instituciones. De hecho, desde 1917 se había abierto una crisis social y política de tal magnitud que el viejo orden restauracionista estaba desmoronándose y, de hecho, ya nunca se recuperaría.

Fue entonces cuando Ortega propuso una reforma constitucional y, lo que es más importante, una reforma que implicara una descentralización del Estado, una idea que contaba con una tan larga como inane tradición de proyectos y cavilaciones. Por supuesto, descentralización era lo que el nacionalismo catalán había venido demandando durante más de treinta años, y la experiencia de la Mancomunitat era ya un hecho⁷⁹. Pero 1918 fue un momento fundamental para las reivindicaciones del nacionalismo catalán. Por otra parte, ese mismo año y en los siguientes se produjo el surgimiento o consolidación de otros movimientos nacionalistas o regionalistas en España, de Andalucía a Valencia, pasando por Asturias o Galicia⁸⁰. Ciertamente, en España se produjo un fenómeno paralelo al del auge de las nacionalidades y demandas de autodeterminación que se dio por toda Europa después de la Primera Guerra



76. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo III*, pp 127-128.

77. Figuró como colaborador (junto a Araquistáin, Maeztu, Lerroux o Menéndez Pidal, entre otros) en la revista de corta vida *Los aliados*, pero no publicó ningún artículo. Véase FUENTES, *España en la Primera Guerra*, p. 193.

78. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo III*, pp 135.

79. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo III*, pp. 130-132, 142-145, 186-188.

80. Un ejemplo: Francisco ACOSTA RAMÍREZ y Salvador CRUZ ARTACHO, “Del regionalismo al nacionalismo ‘por la fuerza bruta de las guerras’. El impacto de la Primera Guerra Mundial en el pensamiento de Blas Infante”, *Historia y Política*, 33 (2015), pp. 75-98.

Mundial⁸¹. La guerra actuó, sin duda, como catalizador de las identidades territoriales, incluso en el caso de las “pequeñas patrias” que no aspiraban a ser naciones⁸².

Por supuesto, Ortega proponía algo completamente diferente al catalanismo. El desarrollo pleno de sus ideas lo expondría en 1931 en *La redención de las provincias*. Pero 1918 era un primer paso en este camino sin retorno. La nueva organización del Estado y la respuesta al nacionalismo catalán se convertirían en uno de los aspectos centrales de su reflexión en el futuro. La nación, una vez más, era un horizonte insoslayable del pensamiento orteguiano incluso en las piruetas de su europeísmo.

La guerra se había afianzado en Ortega como partera de los tiempos y aun de la modernidad misma: “hay una cosa que envuelve y resume todas las demás cosas triunfantes de esta guerra, y es la modernidad”. Así, escribió que:

La guerra ha servido de empujón decisivo para hacer triunfar la modernidad en las almas [...] Realizada la experiencia en gigantesca escala, la sentencia ha sido terrible, radical e inexorable. Todo lo actual, superado, muerto, va a ser raído del haz de la tierra y bajo ella sepultado. Tras esta ingente eliminación de lo viejo, quedarán las sociedades constituidas únicamente por elementos en pleno vigor. La vejez es el poco músculo y el poco nervio, con mucho callo, mucha uña y mucho hueso. Ahora la vida va a ser todo músculo y nervio.

Este Ortega vitalista y casi *futurista* encarnaba el cambio que la cultura europea experimentó tras la guerra⁸³. Probablemente la guerra cambió a Ortega en más aspectos de los que él mismo llegó a sospechar. Su corolario para España era

Cada pueblo sacará las consecuencias según su situación. Pero acaso en ninguna parte sea tan necesario acentuar este triunfo de la modernidad como en España, la Tierra del Pasado, reino milenar del arcaísmo.

Ha llegado la hora para una audaz modernización de España. ¡Jóvenes es vuestra hora!

Ortega, presentándose a sí mismo, ya no joven, sino como mentor, impelía: “Hacednos de esta España nuestra un ensueño de mocedad, un paisaje limpio y fecundo. Romped, tajad, pulverizad la carroña”. Ortega se justificaba señalando, en fin, ante estas brutales metáforas: “os lo pide un hombre que ha sentido su patria al revés que los demás, que ha sentido una patria de futuros y no una patria de arcaísmos; os lo pide un hombre que no ha hecho en su vida otra cosa que sentir su patria”⁸⁴.

En el texto transcrito del brindis por el armisticio que Ortega pronunció en el Hotel Palace (donde, por cierto, saludó a los vencedores como si de un aliadófilo sin máculas se tratara, aunque pidió respeto para los vencidos) insistió en su

81. Xosé-Manoel NÚÑEZ SEIXAS, *Entre Ginebra y Berlín: la cuestión de las minorías nacionales y la política internacional en Europa (1918-1939)*, Madrid, Akal, 2001. Del mismo autor, sobre el caso catalán, *Internacionalitzant el nacionalisme: el catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Catarroja-València, Afers-PUV, 2010.

82. Una perspectiva muy renovadora sobre el caso bretón, pero no solo, en Michaël BOURLET, Yann LAGADEC y Erwann LE GALL (dirs.), *Petites patries dans la Grande Guerre*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013. Dejo al margen la complejidad del caso de, por ejemplo, los voluntarios españoles procedentes de Cataluña alistados en la guerra. Véase David MARTÍNEZ FIOL y Joan ESCULIES SERRAT, “Identidades cruzadas, identidades compartidas: españolidad y catalanidad en los voluntarios españoles de la Gran Guerra”, *Rubrica Contemporánea*, vol. 4, n. 7 (2015), pp. 77-99.

83. Entre una amplia bibliografía, véase el sugerente trabajo de Modris EKSTEINS, *Rites of Spring. The Great War and the Birth of the Modern Age*, Boston, Houghton Mifflin, 1989.

84. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo III*, p. 139.

convencimiento del papel renovador de la guerra. Pero a la vez señaló: “Pensad que solo la raza española ha estado ausente de los dolores de esta inmensa contienda mundial”⁸⁵.

La posguerra era, debía ser una posibilidad, a pesar de todo, de hacer que las cosas cambiaran y que una España moderna ocupara su lugar en el mundo.

Sin embargo, Ortega no firmó el manifiesto de la “Unión democrática española para la sociedad de naciones libres” hecho público el día 8 de noviembre y respaldado por Azaña, Unamuno o Menéndez Pidal, entre otros, que pedía que España “deje de ser una aldea europea”⁸⁶. Y eso que era casi la misma expresión que la queja orteguiana de 1914 sobre España como “arrabal” de Europa.

En todo caso, y más allá de los deseos, los intentos desplegados ya fuera por parte del gobierno como del rey Alfonso XIII fueron inútiles. España no sería una voz que escuchar en el mundo de posguerra⁸⁷. ¿Era ya tarde? De manera característica, Josep Pla se preguntaba en su diario el día del armisticio: “*Si no és parlotejar quatre anys i mig pels cafès, ¿què hem fet per arribar a aquest resultat?*”⁸⁸. Ortega hubiera estado de acuerdo.

Coda. En el arrabal

Para Ortega la guerra fue una posibilidad de pensar, de manera coherente con su evolución intelectual y acción pública hasta 1914, España y su futuro: la posibilidad de regeneración de la nación. Ortega estuvo menos interesado en escoger campos entre los aliados o Alemania que en lamentar los efectos de la neutralidad para España (en 1914 como en 1918). Esta equidistancia revisable fue, además, su manera de crearse un lugar en el campo de fuerzas intelectual y en la esfera política.

Ortega insistió siempre en que la neutralidad, en tanto que fruto de la debilidad, era lo peor que podía sucederle a España, pues la condenaba a la periferia de la toma de decisiones internacionales, a la pura irrelevancia. Era causa y a la vez efecto de un mal más profundo, de una falta de *vitalidad* de la nación.

El pensamiento de Ortega fue siempre, en su dimensión política, un pensamiento sobre la nación. Para Ortega, España seguía siendo una nación moribunda como había dicho Lord Salisbury, pero que podía recuperarse. Para ello era preciso una fuerte tarea nacionalista. Ortega no quiso llamar a su posicionamiento nacionalista, pero realmente no parece posible no definirlo como tal. Si este programa nacionalista triunfaba (la nueva frente a la vieja política, en definitiva), España dejaría de ser uno de los suburbios de Europa. Pero la Gran Guerra fue, desde esta óptica, una oportunidad perdida (y la posguerra acabaría por serlo también). En realidad, el régimen de la Restauración quedó muy afectado por la guerra y sus efectos y ya no se recuperó, pero no era esa la reacción que Ortega auguraba.

85. ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo III*, p. 153.

86. José Ignacio PÉREZ PASCUAL, *Ramón Menéndez Pidal. Ciencia y pasión*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998, pp.160-161; FUENTES, *España en la Primera Guerra mundial*, pp. 198-199.

87. GARCÍA SANZ, *España en la gran guerra*, pp. 336-347

88. Josep PLA, *El Quadern gris* (edició de Narcís GAROLERA), Barcelona, Destino, 2013, p. 337.

ARCHILÉS Una nación descamisada

Palabras como las de Valéry Larbaud con las que encabezábamos este artículo le hubieran resultado casi incomprensibles a José Ortega y Gasset si las hubiese conocido. Para él, la neutralidad había deshecho a España y no la había convertido, en absoluto, en más europea. En 1918 el país era como en 1914 un arrabal de Europa. La catarsis de la nación se hacía esperar.